

# La secretaria del Rotel donde estuvieron en París los emigrados republicanos, cuenta cómo vivían



La tertulia de los republicanos españoles en el café "Napolitain", de París.



Indalecio Prieto, con otros emigrados, viajando en la plataforma de un autobús por las calles de la capital francesa.

"MONSIEUR LE GENERAL"

**M**ADEMOISELLE Hélène Allard es una francesita simpática, inteligente y muy guapa, que está pasando unos días en Madrid. Pocos, muy pocos, porque mademoiselle Hélène es una chica muy trabajadora, y, por tanto, son cortas sus vacaciones. Antes de una semana volverá a París a convertirse de nuevo en la secretaria del Hotel Malherbe.

¿No saben los lectores nada del Hotel Mal-



Los señores Domingo y Prieto, en la habitación donde se hospedaban, en el Hotel Malherbe, leyendo los telegramas en que se les comunicaba el triunfo de la República.

herbe? Es una pensión parisina, entonada y quieta, en donde vivieron, durante cuatro meses, la mayor parte de los emigrados revolucionarios, hoy primeras figuras de la República.

—¡Oh! No sabe—me dice la secretaria del Hotel Malherbe—qué triste se quedó nuestra casa el 15 de abril... ¡Eran tan simpáticos los revolucionarios españoles!...

—¿Se hospedaban todos en el Malherbe?

—No. Algunos tenían una casa; lo llamaban República, pero el centro de reunión era nuestro hotel. Allí acudían a diario, a conversar revolucionarios y simpatizantes. Al principio, nos extrañaban mucho. Todos hablaban a gritos y al mismo tiempo. Creíamos que estaban locos. Además, el Malherbe es un hotel quieto, pacífico, lleno de señoras inglesas, amantes del silencio. Figúrese la impresión que allí nos produjo la actitud de nerviosismo de estos españoles.

—¿Quiénes fueron los primeros emigrados que llegaron al Malherbe?

—¡Oh!, lo recuerdo muy bien. El primer emigrado español que tuvimos el gusto de conocer fué "monsieur le General". Muy simpático, gran caballero español de novela. Todos en el Malherbe lo queríamos mucho.

Naturalmente, y como ya habrán imaginado los lectores, "monsieur le General" no puede ser otro que don Gonzalo Queipo del Llano. Al hablar de él, mademoiselle Hélène se deshace en elogios. Según me cuenta, el general llegó a París apenas terminado el movimiento revolucionario. Le acompañaba el comandante Hídalgo de Cisneros, compañero de don Gonzalo en el vue-